



Antonio Copello Faccini

**Maestro, pastor y profeta:
Carlo Maria Martini**

Prólogo de José Fernando Isaza



Maestro, pastor y profeta: Carlo Maria Martini

Antonio Copello Faccini

Prólogo de José Fernando Isaza

Copello Faccini, Antonio

Maestro, pastor y profeta: Carlo Maria Martini / Antonio Copello Faccini. – Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2012.

69 p.: il.; 18 cm.

ISBN: 978-958-725-096-1

1. MARTINI, CARLO MARIA, CARDENAL, 1927-. 2. CARDENALES – ITALIA. I. Tit.

CDD922.2”M386c”

Rector: José Fernando Isaza Delgado

Vicerrector académico: Diógenes Campos Romero

Director editorial (E): Jaime Melo Castiblanco

Coordinación editorial: Andrés Londoño Londoño

Diseño de portada: Alejandro Sicard Currea

Diagramación: Mary Lidia Molina Bernal

Impresión: Imageprinting Ltda.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de la Universidad.

IMPRESO EN COLOMBIA
PRINTED IN COLOMBIA

Contenido

Prólogo, por José Fernando Isaza.....	7
El cardenal Martini, vida e ideas.....	15
La «Cátedra de los no creyentes» y su aproximación a la ciencia.....	29
La paz, el ecumenismo y la pastoral social.....	45
Bibliografía.....	67

**Maestro, pastor y profeta:
Carlo Maria Martini**

Prólogo

José Fernando Isaza Delgado*

Quien desee acercarse a la amplia y profunda obra del cardenal Carlo María Martini, encuentra en el bien analizado y documentado trabajo del doctor Antonio Copello Faccini un material inmejorable para lograrlo.

No se detiene en la parte anecdótica, en la real o imaginaria participación de un cardenal colombiano en el cónclave, cuyo accionar fue un obstáculo insalvable

* Rector de la Universidad Jorge Tadeo Lozano de 2006 a 2012, es miembro del Consejo Directivo de la misma y del Comité de su Emisora HJUT. Ha sido profesor en las universidades Nacional, de los Andes y Javeriana y en la Escuela Colombiana de Ingeniería, y se ha desempeñado como ministro de Obras Públicas, presidente de Ecopetrol, gerente general del Instituto de Fomento Industrial y presidente de la Fundación Mazda, entre otros cargos públicos y privados.

que impidió la elección del cardenal Martini, como sucesor de Juan Pablo II en el solio pontificio. Recuerda, sí, que en la primera votación Martini obtuvo cuarenta votos frente a treinta y ocho de Ratzinger. Pareciera que por razones de edad y salud el cónclave se inclinó por este último. Es posible imaginar que para un sector progresista de la Iglesia, que promueve su necesaria modernización, habría sido más conveniente que se hubiera elegido como Papa al cardenal Martini, aun con quebrantos de salud, que a Ratzinger, así éste goce de mejor salud.

Al igual que Hans Küng, Martini siente una profunda emoción mística e histórica por Jerusalén. Con diferentes análisis, ambos convergen en concluir que sólo habrá paz mundial si hay paz religiosa, y que ésta, necesariamente, pasa por la armonía y el respeto entre las diferentes religiones que deben convivir en la ciudad histórica. Hoy, cuando se sienten vientos de guerra en esta convulsiva región, los líderes mundiales deberían estudiar y analizar las propuestas de estos maestros para desarmar los espíritus.

El autor enmarca bajo el título «Cátedra de los no creyentes» el profundo y didáctico intercambio epistolar

Martini-Eco sobre la posibilidad de fundamentar una ética sin recurrir a conceptos trascendentes. Es decir, una ética humanística. No hay total acuerdo entre estos dos pensadores: para Martini, la fundamentación de la ética trasciende la razón; para Eco, es posible fundamentarla en ésta. Este diálogo fue publicado como libro con el título *En qué creen los que no creen*.

La «Cátedra de los no creyentes» la instituye Martini como obispo de Milán, para escuchar qué aportan los ateos o, en lenguaje políticamente correcto, los no creyentes, a la salvación del mundo y a la construcción de una ética humanística. Como lo menciona el autor, no debe establecerse una distinción en la humanidad entre los creyentes y no creyentes, sino entre pensantes y no pensantes. Con estos conversatorios se logró la disposición al diálogo y al intercambio sobre la fe. El efecto de esta apertura ideológica sobre el crecimiento de las vocaciones, y el respeto a las diferentes opiniones, se traduce en las siguientes cifras: mientras el obispado de Milán ordenaba anualmente entre treinta y cuarenta sacerdotes, los otros obispados ordenaban uno o dos.

Hoy, cuando en el país se debate cuál debe ser el papel de la Iglesia en la búsqueda activa de la paz, es conveniente analizar el relato del autor sobre la participación de Martini en el desarme de las Brigadas Rojas y en la búsqueda y encuentro de mecanismos de reparación y perdón.

Aspectos significativos y no tan conocidos del ideario de Martini, traídos oportunamente por el autor, es su concepto e idea de ciudad. Apartándose de la milenaria tradición que privilegia lo rural sobre lo urbano, Martini dice: “la ciudad es un patrimonio de la humanidad. Ella ha sido creada y subsiste para transmitir la plenitud de la humanidad y evitar peligros opuestos: aquel del nomadismo, que le hace perder al hombre su centro de identidad [...]”. Pensamiento bien alejado de los versos de fray Luis de León:

¡Qué descansada vida
la que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

El sesgo de lo rural sobre lo urbano tiene orígenes que pueden encontrarse en el Génesis: Caín, luego de

ser maldecido por el homicidio de su hermano, crea la primera ciudad mencionada en la Biblia, a la que le pone el nombre de su hijo, Henoc.

El autor le otorga el justo título de pastor y profeta a Martini. Leyendo sus escritos sobre el resurgir del racismo, o sobre la problemática de la inmigración exacerbada por la intransigencia y los prejuicios, y comparándolos con la realidad actual, es apropiado el apelativo de profeta a Martini.

El encuentro personal entre el autor y el cardenal, en el hogar de los jesuitas a quienes la edad los ha golpeado en su salud, es sencillamente conmovedor. El profesor de la Universidad Gregoriana se encuentra con alguien que ha transitado estos claustros, que conoce y admira la obra de quien considera con razón su maestro, al que, siguiendo la más clara tradición escolástica, le pide y su bendición y la recibe.

Testimonio

Para este opúsculo, que no tiene pretensión alguna, bondadosamente José Fernando Isaza, amigo entrañable a quien conocí en la gerencia del Instituto de Fomento Industrial, cuando iniciaba su larga carrera de servicios a Colombia, después de un fecundo paso por Planeación Nacional, ha escrito un inmerecido prólogo con agudas y finas observaciones sobre la vida y el pensamiento del cardenal Martini. No lo hubiera escrito yo sin la enseñanza de más de veinte años, en un diálogo permanente y con la asistencia a algunos de sus cursos, de Gustavo Baena, S.J., maestro de maestros, filósofo, teólogo, biblista, arqueólogo, cuya vida dedicada a la docencia y a la investigación es un ejemplo para quienes tenemos el privilegio de conocerlo, y cuya obra *Fenomenología de la Revelación*, publicada en el año pasado, fue el suceso bíblico y filosófico del 2011.

El autor

El cardenal Martini, vida e ideas

Carlo Maria Martini, S.J., nació en Turín el 15 de febrero de 1927 en el seno de una familia de la *alta borghesia* –o *haute bourgeoisie*– del Piamonte italiano. A los diecisiete años ingresó en la Compañía de Jesús y fue ordenado sacerdote el 13 de julio de 1952, a una edad considerada excepcionalmente precoz en esa orden religiosa. Dos años más tarde se graduó con calificación *summa cum laude* en Teología en la Universidad Gregoriana de Roma y posteriormente recibió su doctorado en Ciencias Bíblicas en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma con una tesis de grado *summa cum laude* sobre «El problema histórico de la Resurrección en recientes estudios».

De 1969 a 1978 fue rector del Pontificio Instituto Bíblico de Roma y de su anexo, el Pontificio Instituto

Bíblico en Jerusalén, y durante este período continuó en la Ciudad Eterna su tarea de profesor –iniciada en Chieri, en una casa de estudios para jesuitas en el norte de Italia–, habiendo adquirido una reputación como persona accesible a todos los estamentos de la comunidad académica de esos dos prestigiosos centros docentes y de investigación.

En la sede del Instituto Bíblico en Jerusalén promovió iniciativas revolucionarias en su momento, como el intercambio con la Universidad Hebrea de Jerusalén, para que los alumnos del Bíblico tuvieran una mayor cercanía a la cultura hebrea.

En 1978 fue nombrado rector de la Universidad Gregoriana de Roma, y precisamente en ese año el papa Pablo VI lo invitó a predicar en el Vaticano los que fueron sus últimos ejercicios cuaresmales. El 29 de diciembre de 1979, Juan Pablo II lo nombró arzobispo de Milán, una de las sedes episcopales más antiguas de Italia y la diócesis más grande del mundo, de acuerdo con todos los índices existentes, coincidentalmente veinticinco años después de haber sido el papa Montini nombrado arzobispo de Milán.

Fue elevado a la dignidad cardenalicia en 1983, y como se acostumbra con los cardenales, se le dio el prestigioso título de patrono de la iglesia de Santa Cecilia, en Roma, y fue miembro de numerosas congregaciones en la Curia romana, entre ellas la segunda sección de la Secretaría de Estado, la Congregación para Iglesias Orientales, la Congregación para el Culto Divino y los Sacramentos, la Congregación para la Educación Católica, el Pontificio Consejo para la Cultura y la Congregación para la Fe, aunque, como se lo recordó a Melinda Henneberger, periodista del *New York Times*, quien lo entrevistó el 12 de enero del 2002: “Yo no conozco la Curia, porque raramente la frecuento”.

Biblista de fama internacional, fue entre 1964 y 1970 el único miembro católico del grupo de estudiosos encargado de la publicación del *Greek New Testament*. De 1987 a 1993 fue presidente del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa. Y, en palabras de Eugenio Scalfari, destacado intelectual italiano y fundador y director del diario *La Repubblica* de Roma, durante todo el tiempo de su arzobispado en Milán “[...] un pastor de almas que opera en una de las más importantes diócesis italianas; es además un jesuita de

vasta cultura, un intelectual militante, con ese espíritu misionero que supone una especie de marca genética de la Compañía a la que pertenece”.¹

En el verano del año 2002 renunció a esa sede arzobispal, por haber alcanzado la edad de setenta y cinco años, de acuerdo con las normas del Código de Derecho Canónico, y estableció su residencia en Jerusalén en el Pontificio Instituto Bíblico, del cual había sido muchos años antes rector, pero desafortunadamente, por motivos de salud, tuvo que regresar a Italia, donde hoy vive en una residencia para jesuitas ancianos y enfermos en Gallarate, en las cercanías de Milán. Así vio frustrado un retiro dulcemente acariciado y minuciosamente preparado; pero como varias veces lo ha dicho, vive en el recuerdo de Jerusalén. Según sus propias palabras:

El deseo de vivir en Jerusalén lo tuve por primera vez cuando era un niño de diez años, y un padre jesuita nos contó cosas acerca de san Igna-

¹ Eugenio Scalfari, «Para actuar moralmente, confiemos en nuestro instinto», en Carlo Maria Martini, Umberto Eco *et al.*, *¿En qué creen los que no creen? Un diálogo sobre la ética*, Madrid, Temas de Hoy, 2004, p. 117.

cio. Inmediatamente después de su conversión, Ignacio quería partir a Jerusalén y después tuvo siempre el anhelo de hacerlo. ¿Por qué no quería peregrinar a Santiago de Compostela o algún otro de los grandes lugares de peregrinación de su tiempo? Porque quería seguir las huellas de Jesús. De ese anhelo me he hecho eco yo. Por el camino a Jerusalén he rezado los salmos de las subidas, los salmos 120 a 134. Entre tanto, se ha convertido en una costumbre mía hacerlo cada vez que subo a Jerusalén; digo entonces, de todo corazón, “Pedid la paz para Jerusalén. Por mis hermanos y compañeros diré: la paz esté contigo”.²

Cada día, a las cuatro de la madrugada, abro la ventana de mi habitación y contemplo la ciudad vieja de Jerusalén. Veo la Basílica del Santo Sepulcro, que los cristianos ortodoxos llaman Anastasis, la Basílica de la Resurrección. Miro hacia el Monte Sión, hacia el Cenáculo de la Última Cena y de Pentecostés. Veo la explanada del templo, con la Cúpula de la Roca y la Mezquita de Al Aqsa, dirijo la mirada hacia abajo al Valle de Hinón y luego la extendo hasta el Monte de los Olivos; en días claros

² Carlo Maria Martini y Georg Sporschill, *Coloquios nocturnos en Jerusalén*, Madrid, San Pablo, 2008, p. 117.

vemos desde Jerusalén hasta el desierto de Judá, el Mar Muerto, y detrás de Belén, la tumba de Herodes. Estoy rodeado de personas y lugares bíblicos de los que me he ocupado toda una vida en las ciencias escriturísticas, pero sobre todo, en la predicación y en la meditación personal. Ahora tengo aquí mi casa; como dice el salmo 87, “todos han nacido en Sión”.³

En esta ciudad tengo los salmos en la punta de la lengua: “qué hermosa es tu morada, Señor Omnipotente. Mi alma suspira y desfallece por los atrios del Señor; mi corazón y mi carne se entusiasman en busca del Dios vivo. [...] Dichosos los que viven en tu casa y están siempre alabándote; dichoso el hombre que tiene en ti su fortaleza y lleva en su corazón tus caminos” (salmo 84).⁴

En Jerusalén tiene su patria el judaísmo desde Abraham, Isaac y Jacob. El rey David construyó la ciudad y Salomón el primer templo. En Jerusalén Dios toca el mundo. Hasta el día de hoy judíos, cristianos y musulmanes luchan por este lugar en el que Dios está tan

³ *Idem.*

⁴ *Ibid.*, p. 118.

cerca. La cercanía de Dios hace entrar en escena al antagonista, al perturbador, al Diablo. La ciudad de la paz experimenta el odio. A primera vista Jerusalén no es la ciudad de los ecumenismos ni del diálogo religioso, sino la ciudad del enfrentamiento. Aquí se concentra la falta de paz del mundo entero, pero así mismo la esperanza. Aquí experimentamos también una y otra vez que el trabajo por la paz es un proceso doloroso. Jerusalén es la ciudad de la entrega y de la esperanza.⁵

En el cónclave del año 2005, en el cual fue elegido Pontífice el cardenal Ratzinger, según el juicio de un periodista español que siguió este evento día a día, él era “tan sólo parangonable con la otra gran figura eclesial y jefe de filas de los progresistas, el cardenal Martini. Si el cardenal Martini hubiese gozado de salud y hubiese tenido menos años, hubiera sido otro candidato y se hubieran tenido que medir los dos, pero con Martini enfermo, Ratzinger no tenía rival”.⁶

⁵ *Ibid.*, p. 119.

⁶ José Manuel Vidal, *Benedicto XVI, el Papa Enigma*, Madrid, Temas de Hoy, p. 147.

Pero lo anterior, así no tenga sino un valor anecdótico y periodístico, no impide reconocer que el cardenal Martini fue en ese cónclave una figura excepcional. Este mismo periodista español, José Manuel Vidal, atribuye a fuentes fidedignas parte de su intervención el 11 de abril de 2005:

Hoy ha hablado el cardenal Martini; lo ha hecho con valentía y decisión. Sostiene que hay que acercar la Iglesia a la gente, comprender las necesidades de nuestro tiempo y adoptar una línea más flexible. También dice que hay que modificar el principio del absolutismo a favor de un gobierno colegiado concediendo más importancia a las Conferencias episcopales. Es la primera vez en estos días que alguien habla con tanta decisión; no creo que el cardenal Martini haya presentado su candidatura, más bien propone la agenda del nuevo Papa y se preocupa del porvenir de la Iglesia.

Así las cosas, Carlo Maria Martini, líder intelectual del área reformista y gran promotor de la candidatura de Tettamanzi (su sucesor en el arzobispado de Milán), envió una clara señal de desistimiento; no obstante, en la primera votación del cónclave, celebrada el lunes por la

mañana, Martini obtuvo cuarenta votos frente a treinta y ocho de Ratzinger.⁷

Tres fueron, además de su ciudad de nacimiento, Turín –capital del barroco italiano, sede de la última dinastía real italiana y una de las ciudades más hermosas de Italia y del mundo–, aquellas en las cuales el cardenal Martini desarrolló su vasta labor académica, pastoral y educativa; cronológicamente, Roma, Jerusalén y Milán, aun cuando la segunda es, desde su propia perspectiva, por diversas razones que enumeró en su hermoso libro *Verso Gerusalemme*,⁸ la primera, que él considera siempre un símbolo universal, una ciudad histórica, una ciudad lacerada y la meta definitiva de un camino, aunque por los inescrutables designios de la Providencia se hubiera visto forzado a abandonarla para siempre, después de haberla escogido para pasar sus últimos días y en ella morir, decisión que muchos consideran rara en quien no es hebreo, pero que para el cardenal Martini tenía múltiples justificaciones.

Él vive en el recuerdo inagotable de Jerusalén. Así como la Biblia la presenta en su historia y en su futu-

⁷ *Ibid.*, p. 193.

⁸ Milano, Feltrinelli, 2002.

ro como lugar de reunión de todos los pueblos, en la visión de una Jerusalén celestial y en una especie de ciudadanía universal en la cual se manifiesta la presencia de Dios y de Cristo llamando a un designio salvífico en la realidad viva del Señor Resucitado. Este primado de la escogencia jerosolimitana en el pensamiento del cardenal Martini tiene profundas raíces ignacianas, como lo recordaba él mismo en sus conferencias de la Universidad Gregoriana en el umbral del nuevo milenio, recogidas en un libro profundo, *Io vi sarò propizio*,⁹ para celebrar los casi cinco siglos de fundación de dicho centro educativo. En palabras de su rector de entonces, Franco Imoda, “ninguna persona más apropiada que quien había sido alumno, profesor, rector, después guía espiritual de una porción significativa del pueblo de Dios, y profundamente familiarizado con el espíritu de san Ignacio, para hacerlo, en un mundo que de un lado se unifica más, pero a la vez se fragmenta más, y que presentándose siempre como más universal, corre el riesgo de llegar a ser más regional y particular, con el renacer de oposiciones étnicas y culturales, que acompañan constantemente una tenta-

⁹ Milano, Paoline / Roma, Pontificia Università Gregoriana, 2002.

ción de respuesta inmediata, técnica, y la amenaza de un fundamentalismo y de una violencia”.¹⁰

Aquellas raíces quedan muy claramente expresadas por el mismo san Ignacio en su *Autobiografía*:

[...] cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalem descalzo, y en no comer sino yerbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos; no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejando, quedaba contento y alegre.¹¹

Aquí Ignacio habla sobre todo de “ir a Jerusalén”; más adelante lo reitera:

Mas todo lo que deseaba hacer, luego como sanase, era la ida de Hierusalem, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer.¹²

¹⁰ Franco Imoda, en su «Prólogo» a *Io vi saró propizio*, *ibid.*

¹¹ *Autobiografía de san Ignacio de Loyola*, texto recogido por el padre Luis Gonçalves da Camara entre 1553 y 1555, cap. 1, § 8.

¹² *Ibid.*, cap. 1, § 9.

Siguiendo este ejemplo, para el cardenal Martini, cumplida su tarea pastoral en Milán, ir a Jerusalén era una determinación firme para radicarse en una ciudad cargada de misterios y de contradicciones, siempre contestataria y violenta, signada por pasiones contrapuestas y herida por conflictos diversos. Pero para él dirigirse a Jerusalén y dedicarse en silencio a una vida tranquila de oración y a la continuación de sus estudios críticos de los textos bíblicos, forzosamente interrumpidos al aceptar el Arzobispado de Milán, con una presencia estable y no en la condición de un peregrino o de un turista, respondía a un anhelo vivísimo en la misma línea que el evangelio de Lucas presenta el gran viaje de Jesús a Jerusalén con énfasis en la firmeza de su decisión: “*firmavit faciem suam*”(Lucas 9, 51).

A la luz de los desafíos del mundo contemporáneo y del esfuerzo de filósofos y pensadores como Martin Buber, Hermann Cohen y Jacques Maritain para sistematizarlas, son cinco las dimensiones de la grave tarea que a todos los cristianos compete en relación con Jerusalén, según el pensamiento del cardenal Martini:

– La primera, como un imperativo teológico, amor por Israel como el pueblo primogénito de la Alianza, y

reconocer que existe una simetría entre Israel y la Iglesia, y que ella tiene una dimensión teológica y una consecuencia histórica y ética.

– La segunda, en la cual la historia y la responsabilidad ética se fundan especialmente para los cristianos, que debemos sentir un inmenso dolor por las tragedias que se han abatido sobre el pueblo hebreo y que buscaron en definitiva su destrucción total en la última guerra mundial.

– Una tercera: nuestra relación con Israel une la historia y el futuro último del mundo en la perspectiva de una plena realización de la redención y la acción misteriosa y potente de Dios salvador, continua a realizarse en la historia del pueblo hebreo, hoy y en el futuro, porque Dios lo ama hoy como en el principio.

– Una cuarta dimensión es la de promover un verdadero diálogo entre hebreos y cristianos, entre Iglesia y pueblo hebreo, como signo de esperanza hacia la iniciación de un diálogo ecuménico. En esta común responsabilidad por la salvación del mundo y de la humanidad, Israel y la Iglesia no están solos, como quedó testimoniado en la «Plegaria universal por la paz» realizada en

Asís en 1986 y cuya vigencia fue ratificada recientemente por Benedicto XVI al cumplirse los primeros veinticinco años de ella, donde se unieron voces como la del santo y sabio budista Chantideva y otros para pedir que todos los seres humanos sean liberados del temor de ser devorados unos por otros y puedan encontrar la libertad y realizar su destino.

– Y finalmente, la meta última del peregrinaje, de todos los días y de todos los años, permanece la de seguir a Dios y preparar con amor la llegada a la Jerusalén reconciliada, cantando con alegría el salmo 87.

Quien desee acercarse a la amplia y profunda obra del cardenal Carlo Maria Martini, encuentra en el bien analizado y documentado trabajo del doctor Antonio Copello Faccini un material inmejorable para lograrlo. [...] El autor enmarca bajo el título «Cátedra de los no creyentes» el profundo y didáctico intercambio epistolar del cardenal Martini con Umberto Eco sobre la posibilidad de fundamentar una ética sin recurrir a conceptos trascendentes. Es decir, una ética humanística. [...] Hoy, cuando en el país se debate cuál debe ser el papel de la Iglesia en la búsqueda activa de la paz, es conveniente analizar el relato del autor sobre la participación de Martini en el desarme de las Brigadas Rojas y en la búsqueda y encuentro de mecanismos de reparación y perdón. [...] El autor le otorga a Martini el justo título de pastor y profeta.

José Fernando Isaza Delgado

ISBN 978-958-725-096-1



978-958-725-096-1



UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
JORGE TADEO LOZANO